

Binti: Hogar

BINTI HOME

© 2017 by Nnedi Okorafor

Published by arrangement with Donald Maass Literary Agency and
International Editors' Co.

Primera edición, noviembre 2018

© Traducción de Carla Bataller Estruch

© Arte y diseño de la cubierta de Joey Hi-Fi

© Edición de Crononauta

www.crononauta.es

info@crononauta.es

ISBN: 978-84-947958-4-8

Depósito Legal: SE 1865-2018

Impreso en España / Printed in Spain

Imprenta Estugraf (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

BINTI

HOGAR

NNEDI OKORAFOR

TRADUCIDO POR CARLA BATALLER ESTRUCH





—Cinco, cinco, cinco, cinco, cinco, cinco —susurré.

Ya estaba ramificando, con los números dando vueltas a mi alrededor como granos en una tormenta de arena, y sentí un profundo chasquido cuando algo en mi interior cedió. Produjo un dolor agradable, igual que al crujir los nudillos o estirar un músculo. Me hundí más y hallé calidez. Podía oler la sangre en mis venas y el aroma terroso del *otjize* que me había aplicado en la piel.

La habitación desapareció. La mirada sorprendida en el rostro de Okpala, mi profesora de matemáticas, desapareció. Aferraba mi *edan*, y las puntas de su forma estrellada se me clavaban en las manos.

—Oh, cielos —murmuré.

Algo le estaba pasando. Abrí las palmas ahuecadas. Como *no sabía* que no debía soltarlo, lo habría dejado caer si no me hubiese hallado en meditación matemática profunda.

Lo primero que pensé fue en la bola de hormigas que vi una vez, con seis años, rodando por una

duna; así se desplazaban cuesta abajo las hormigas del desierto. Había corrido para observarla de cerca y chillé con alegría y asco ante la fluctuante masa viva de sus cuerpos. Mi *edan* se retorcía y revolvió ahora como una bola de hormigas del desierto; las láminas triangulares que lo componían giraban, rotaban y cambiaban entre mis palmas. La corriente azul que había invocado oscilaba rodeando y adentrándose entre las placas como un gusano. Se trataba de una nueva técnica que me había enseñado la profesora Okpala y que había perfeccionado durante los últimos dos meses. Incluso la llamaba la corriente del «agujero de gusano» por su forma y porque requería emplear la métrica de estos agujeros para activarla.

«Respira», me dije. Una parte reprimida de mí quería lamentarse porque la corriente que atravesaba el *edan* lo estaba desmontando; debía parar, nunca sería capaz de juntar todas las piezas de nuevo. Sin embargo, abrí la boca y volví a susurrar el número tranquilizador.

—Cinco, cinco, cinco, cinco.

«Tú solo respira, Binti», pensé. Sentí una ráfaga de viento en la cara, como si algo hubiera pasado por delante. Me pesaban los párpados. Dejé que se cerraran...

Me hallaba en el espacio. Oscuridad infinita. Ingravidez. Volaba, caía, ascendía, atravesaba el quebradizo polvo metálico de un anillo planetario. Unas piedras minúsculas me acribillaban la piel. Abrí un poco la boca para respirar y el polvo me azotó los labios. ¿Podía respirar? Un aliento lleno de vida brotó en mi pecho desde mi interior y sentí que los pulmones se expandían, llenándome. Me relajé.

—¿Quién eres? —preguntó en el dialecto de mi familia una voz que procedía de todas partes.

—Binti Ekeopara Zuzu Dambu Kaipka de Namib, ese es mi nombre —respondí.

Silencio.

Esperé.

—Hay más —dijo la voz.

—Eso es todo —repuse, irritada—. Ese es mi nombre.

—No.

El foganazo de rabia que me atravesó me pilló por sorpresa. Pero enseguida lo acogí con agrado. Conocía mi nombre. Estaba a punto de gritarlo cuando...

...Me hallé de vuelta en el aula. Sentada delante de la profesora Okpala. «Me he enfadado muchísimo», pensé. «¿Por qué estaba tan enfadada?». Esa furia era un sentimiento horrible. En casa, las sacerdotisas de las Siete Deidades podrían haber dictaminado que tal nivel de rabia era impuro. Uno de mis *okuoko* con aspecto de tentáculo se contrajo. Fuera, el segundo sol se estaba poniendo. Su brillo se mezclaba con el del otro sol e inundaba el aula de un color que me encantaba, una combinación intensa de rosa y naranja que los nativos de Oomza Uni llamaban «ntu ntu». Los *ntu ntu* eran unos insectos del planeta que ponían huevos de ese intenso rosa anaranjado que resplandecían con un brillo tenue en la oscuridad.

La luz iluminó mi *edan*, cuyas partes simétricas flotaban ante mí en una red de corriente. Nunca lo había visto tan desmontado y no había sido mi intención hacerlo. Lo que pretendía era que el objeto se comunicara por sí mismo al filtrar una corriente entre sus trazados. Según Okpala, eso solía funcionar y yo quería saber lo que mi *edan* tenía que decir. Sufrí un

pinchazo de ansiedad. «¿Podré volver a juntarlo todo?», pensé con desesperación.

Llena de alivio, observé que todas las partes del *edan* que se habían separado regresaban lenta y sistemáticamente a su lugar. Completo de nuevo, el *edan* se posó en el suelo ante mí. «Gracias a las Siete», pensé.

Tanto el azul de la corriente que seguía envolviendo al *edan* como el intenso *ntu ntu* brillaban en la cabeza gacha de Okpala. Tenía una libreta y un lápiz de verdad en la mano, elementos muy terrícolas. Escribía con frenesí con uno de esos rudos lápices que confeccionaba ella misma a partir de la rama de un árbol parecido al tamarindo que crecía cerca del edificio de Matemáticas.

—Te has caído de la rama —dijo sin levantar la mirada. Así llamaba a ese momento cuando alguien estaba ramificando y de repente dejaba de hacerlo—. ¿A qué ha venido eso? Por fin habías conseguido que el *edan* estuviera dispuesto a abrirse.

—¿Eso es lo que hacía? ¿Entonces es algo bueno? —La profesora se rio entre dientes sin dejar de escribir. Yo fruncí el ceño y sacudí la cabeza—. No lo sé... Ha ocurrido algo. —Me mordí el labio—. Ha ocurrido algo.

Centré mi atención en ella cuando alzó la mirada. Hubo un momento en el que me pregunté si era su estudiante o su objeto de estudio.

Dejé que la corriente se disipara, cerré los ojos y descansé la mente con la ecuación tranquilizadora de $f(x) = f(-x)$. Toqué el *edan*. Sólido de nuevo, menos mal.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la profesora Okpala.

A pesar de curarme con la ecuación calmante, la cabeza empezaba a dolerme. Y entonces una ira cegadora me inundó como agua hirviendo.

—Uf, no lo sé —respondí, masajeándome la frente y con el ceño más arrugado—. No creo que lo que ha pasado tuviera que pasar. Ha ocurrido algo, profesora Okpala. Algo raro.

La profesora soltó una carcajada. Apreté los dientes, enfadada. Otra vez. Tanta furia... No era propia de mí. Y últimamente se estaba *convirtiendo* en parte de mí, porque ocurría muy a menudo. Pero ¿mientras ramificaba? ¿Cómo era posible? No me gustaba ni un pelo. Aun así, llevaba un año terrícola trabajando con la profesora Okpala y si algo había aprendido era que trabajar con cualquier tipo de *edan*, sin importar en qué planeta se hubiera

encontrado, significaba trabajar con lo impredecible. «Toda acción conlleva un sacrificio», solía decir Okpala.

Cada *edan* hacía algo distinto por distintas razones. El mío, además, era ponzoñoso para las medusas; aquello me salvó la vida cuando me atacaron en la nave. Por eso Okwu nunca venía a ver mis sesiones con Okpala. Sin embargo, si yo lo tocaba, no me producía ese efecto. Incluso me había arriesgado a tocar el *edan* con uno de mis *okuoko*. Solo así me di cuenta de que, por muy medusa que fuera esa parte de mí, yo seguía siendo humana.

—Ha sido una deconstrucción aislada —dijo la profesora Okpala—. Había oído hablar de ella. Nunca la había presenciado. Bien hecho.

Lo dijo con toda la tranquilidad del mundo. «Si nunca la ha presenciado antes, ¿por qué actúa como si hubiese hecho algo mal?», me pregunté. Ensanché las aletas de la nariz para calmarme. No, eso no era propio de mí. El tentáculo volvió a contraerse y un pensamiento extraño y bastante sólido se instaló en mi mente: «Okwu está a punto de luchar». Me atravesó un escalofrío electrizante de rabia y pegué un salto. ¿Quién intentaba hacerle daño? Me esforcé por parecer tranquila.

—Profesora, tengo que irme. ¿Puedo? —dije.

Dejó de escribir y me dirigió un ceño fruncido. La profesora Okpala era tamazight y, por lo que mi padre decía tras años vendiendo a los tamazight, eran gente de pocas palabras, aunque contundentes. Podría haber sido una generalización, pero resultó ser cierto en mi profesora. Conocía bien a Okpala; tras ese ceño se daba toda una galaxia repleta de acción. Sin embargo, debía marcharme, y debía marcharme ya. Okpala alzó una mano y la agitó.

—Vete.

Me levanté y casi choqué contra una maceta que había detrás de mí al darme la vuelta con torpeza hacia donde tenía la mochila.

—Cuidado —me dijo—. Estás débil.

Recogí la mochila y salí antes de que cambiara de opinión. La profesora no era directora del departamento de matemáticas por nada. Seguro que cuando me conoció ya lo tendría todo calculado. No fue hasta muchísimo más tarde cuando me percaté del peso de esa sucinta advertencia.